



“LA CARIDAD AUMENTA Y SE ALIMENTA EN LA MEDITACIÓN”

Beato Juan Bautista Scalabrini

por P. José Juan Cervantes, c.s. y Jairo Meraz Flores

Actualmente, en México, el discurso sobre migración, tanto del gobierno de México como de los medios de comunicación, se centra sobre los centroamericanos que transitan por México hacia los Estados Unidos o a los que esperan ser llamados a entrevista para calificar como solicitantes de asilo en Estados Unidos en distintas ciudades fronterizas del norte de México. Los mexicanos que son deportados de Estados Unidos parecería que no son migrantes.

Durante la administración del presidente Obama, los altos niveles de deportación y de retornos voluntarios llamaron la atención de los medios de comunicación y era frecuente encontrar artículos editoriales o noticias referidos al tema. Así mismo, se hacía presión a los gobiernos, tanto de México como de Estados Unidos, para atender a las necesidades de los que regresaron a México voluntariamente o a los que deportaron. Durante la administración del presidente Trump la cantidad de deportaciones ha disminuido,¹ contrario a lo que se esperaba. Sin embargo, ahora la crueldad hacia los deportados es mayor. Una forma de crueldad es su invisibilización: no se habla de ellos, tampoco se piensa en ellos. Se enfatiza el reforzamiento de la protección fronteriza, pero de los deportados se habla poco.

El ICE (Immigration and Customs Enforcement, en español Servicio de Inmigración y Control de Aduanas de los Estados Unidos) distingue las deportaciones en dos tipos: “removals” (remociones) y “returns” (retornos). La mayor cantidad de deportados son personas que han sido “removidas” del interior de Estados Unidos, muchos de ellos con vínculos establecidos por los años que han vivido allá. El número de los deportados que son “regresados” al intentar ingresar a Estados Unidos, es menor que el de los “removidos”. En ambos casos, la gran mayoría son llevados a las ciudades fronterizas del norte de México donde quedan a merced del crimen organizado, sin recursos para volver a sus lugares de origen, sin redes familiares que los apoyen y sin programas gubernamentales que propicien su integración socio-laboral en México (esto último aplica sobre todo en el caso de los que han pasado muchos años en Estados Unidos).

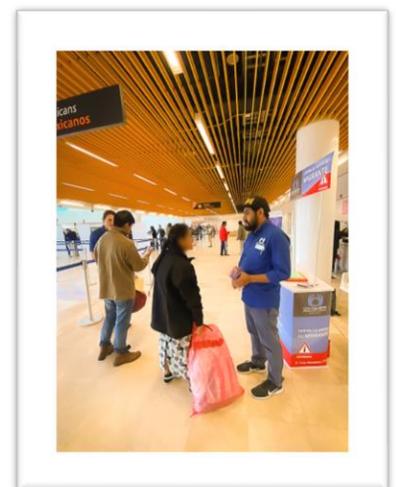
www.migrante.com.mx



MUJERES DEPORTADAS: UNA DOBLE INVISIBILIZACIÓN

9 de Marzo 2020

AÑO I NUMERO #4



Fotografías: Jairo Meraz/Casa Scalabrini

Unos cuantos de estos deportados que son “rechazados” en la frontera (alrededor de 250 hombres y mujeres semanalmente) son enviados a Guadalajara, donde el ICE y el CBP (US Customs and Border Protection, en español Oficina de Aduanas y Protección Fronteriza) en cooperación con el Instituto Nacional de Migraciones de México han implementado la Iniciativa de Repatriación al Interior (Interior Repatriation Initiative),² conocido en México como Programa de Repatriación al Interior de México (PRIM). “El programa de repatriación busca desalentar a los inmigrantes indocumentados capturados por la Patrulla Fronteriza de regresar a los Estados Unidos, al dejarlos lejos de la frontera, no como antes ocurría”.³

Este programa, en el pasado reciente, fue implementado en 2011 en la Ciudad de México y suspendido en 2018. Desde diciembre de 2019 fue reanudado en Guadalajara. Ahora, es probable que esto se replique también en otras ciudades del país.

En este contexto de invisibilización del regreso forzado a México, un aspecto que nos parece relevante dar a conocer son las situaciones que viven las mujeres deportadas. Hemos tenido oportunidad de conocer sus historias tanto en el módulo que Casa Scalabrini tiene en el Aeropuerto Internacional de Guadalajara como en la Casa, donde pasan unos días hasta poder conocer que va a proceder después de haber estado detenidas por el ICE, al menos por 5 días, y llegar a una ciudad desconocida para ellas, sin redes de apoyo, sin dinero y solas.

Aunque proporcionalmente representan aproximadamente el 10 % de los deportados que son enviados a Guadalajara, sus historias de vida son muy complicadas.



Fotografías: Jairo Meraz/Casa Scalabrini



Hay varios factores que afectan a este sector vulnerado de la sociedad, dejándolas desprotegidas y doblemente expuestas a abusos al regresar a su país. Las decisiones que ellas toman, en la mayoría de las ocasiones, son alentadas por sus esposos o familiares que están en México o del otro lado de la frontera. El decidir “aventurarse” hacia Estados Unidos, tampoco es una decisión que toman solas, la familia “invierte” para solventar el viaje: el costo del “pollero” o “coyote”, el pago de cuotas al crimen organizado que controla la frontera y los artículos necesarios que utilizarán al cruzar el cerco fronterizo o internarse en el desierto hasta por cinco días de camino. Esta inversión, se convierte en un lastre y una cadena que las obliga a intentar pasar hasta

tres veces, las cuales son las oportunidades que el coyote les da para poder cruzar, arriesgando volver a ser detenidas y pasar a ser privadas de su libertad en cárceles federales. La familia las presiona para “no perder la inversión”, que hicieron probablemente pidiendo un préstamo, empeñando tierras o vendiendo parte de su patrimonio. En los casos de mujeres con hijos, el emigrar les causa culpa, pues sienten haber abandonado a sus hijos, los cuáles quedan a cargo de algún familiar o tutor, con quien adquieren una deuda moral.

Un aspecto que nos ha impresionado es la proporción de mujeres que deciden buscar hospedaje en Guadalajara después de la deportación. En algunos casos hasta el 25% de las mujeres que venían en el vuelo decidieron quedarse para poder comunicarse con sus familiares para recibir instrucciones de qué hacer. Algunas de estas mujeres, han sufrido violencia familiar por parte de sus parejas por lo que regresar a sus lugares de origen no es una opción.

REFERENCIAS

¹ <https://www.dhs.gov/immigration-statistics/yearbook/2018/table39>

² <https://eldiariomexico.com/2020/02/02/el-exitoso-plan-de-deportaciones-de-ice-con-ayuda-de-mexico/>

³ Idem

Fotografía de portada; Luis Antonio Rodríguez

La mayoría de las mujeres que hemos hospedado ha obedecido las instrucciones de sus familiares y han vuelto a la frontera para no desperdiciar la inversión.

Estas valientes mujeres provienen de lugares rurales del centro y del sur de México. La mayoría pertenecen a grupos indígenas. Están dispuestas a arriesgar su vida, exponerse a ser detenidas sin importarles el tiempo que puedan pasar en la cárcel o las humillaciones que reciban. Su motivación para soportar todo esto son sus hijos e hijas y la esperanza de poderles ofrecer una vida con menos penurias.

Estas mujeres y sus historias de vida no merecen seguir siendo invisibles. Los programas de las instituciones, gubernamentales o no gubernamentales deben ajustarse a su realidad y ofrecer posibilidades de empleo y una vida digna en sus lugares de origen.